

AY437

.E8

C3

1867

MEDITACION RELIGIOSA.

Yo te adoro ¡gran Dios! el alma mía
Como exhalada nube,
En alas de mi ardiente fantasía
Hasta el empireo sube.

Sube, y el trono del querub mi asiento,
Y el cielo es mi morada,
Y contemplo á mis piés el firmamento,
Los mundos y la nada.

Sube, y el rayo de la eterna lumbre,
Cúal un perfume aspira,
Y reina en la creacion, y allá en su cumbre
Como un planeta gira.

¡Quién dijo: "el mundo se enjendrô á sí mismo.
Su Dios es el acaso?"
¡Quién, que no halló bajo su pié el abismo
Al avanzar su paso?

¡Ayl es verdad. En mi razon la duda
Se apacentó algun dia,
Yo quise ver la realidad desnuda
Del mundo en que vivia.

Y en mi estéril razon desenoantados
El mundo y su belleza,
A un confuso tropel de ciegos hados
Dí la naturaleza.

¡Dónde ya la ilusion, si la esperanza
Desparecide habia
Al fenecer con su feliz boanza
De la creencia el dia?

Ciego embrion de seres abortados
Por un fatal destino,
Por la muerte en la tumba despeñados
Enmedio á su camino;

Trasformacion sin límites del lodo
En que mi planta hundia,
Naciendo todo y pereciendo todo.
Allí donde nacia.

Eso fué el mundo para mí. Un abismo
Y en ese abismo nada;
Yo llevé la impiedad al fanatismo,
La voz del alma ahogada.

Perdóname ¡Señor! Hábito inundo
Bebiendo de impureza,
Sobre la tumba universal del mundo
Doblé yo mi cabeza.

Y la noche pasó y el claro dia
Con su luz, con su velo,
Y yo no levanté la frente mia
Para mirar al cielo.

Pero su voz que en la creacion resuena
En cántico sonoro,
El alma son que el universo llena
De sus cien arpas de oro;

El eco melancólico que vaga
Por la estension vacia,
Cuando la tarde en occidente apaga
Con la tiniebla el dia.

Ese acento inmortal que en la mañana,
Cuando el oriente dora,
Resbala sobre el tálamo de grana
De la naciente aurora.

Esa voz, voz del cielo, de otro mundo
Vago, inmortal sonido,
Volvió, volvió á sonar en lo profundo
Del corazon herido.

Yo te adoré sin sondear tu arcano:
Y sobre el alma mía
Vertió, Señor, tu omnipotente mano
Tu cáliz de ambrosia.

En todas partes ya mi vista asombra
De tu poder la muestra,
Yo contemplo en la luz, busco en la sombra
El sello de tu diestra.

De la creacion en los profundos senos
Tu nombre allí, tu gloria,
Llenos están de tu grandeza, llenos
Los siglos y la historia.

Triste razon! en su mezzuino vuelo
Hasta la tumba alcanza:
De la tumba á los ámbitos del cielo
La senda es la esperanza.

Ni es dogma, no, la religion del hombre
O ciencia, ó pensamiento:
Si el alma tiene para Dios un nombre,
Dios es un sentimiento.

Esta necesidad que el hombre siente,
Este incesante anhelo
De un ser mas grande á quien rendir la frente,
De un bautismo en el cielo.

El instinto inmortal de un gran destino
Que ignora y que desea,
¡No son, Señor, de tu poder divino
La inapagable idea!

¡Oh Ser del ser! Los astros y los mundos
Te cantan y obedecen:
La tempestad, los piélagos profundos
A tu voz se estremecen.

Tu providencia que el misterio vela,
Desde la inmensa altura,
Sobre las álas del arcángel vuela
Y encarna en la natura.

Y das la luz al sol con tu mirada,
Y al mar los aguilonés;
Mueves tu voluntad y la honda nada
Se puebla de creaciones.

¡A dónde, á dónde volveré mis ojos
¡Oh Dios! que no te vea?
De los mundos que han sido en los despojos
La mano está que crea.

“Dios” en la tumba en que la noche mora
Grabó su ardiente mano;
“Dios” al mecer la cuna de la aurora
Esclama el oceano:

“Dios” graba el rayo, al encender su lumbre
Del huracán el seno:
“Dios” clama el eco de la ardiente cumbre
Que despedaza el trueno.

De la creacion espléndida en la frente
Está su nombre escrito:
El alma en todas partes y la mente
Encuentran lo infinito.

¡Oh! ¡que es el hombre cuando rompe el lazo
Que le une á su alta suerte,
Y de la madre tierra en el regazo
Siente salir la muerte?

Yo con la fé del corazon venero
Su santa omnipotencia;
Yo esclamo “Dios” y el universo entero
Se inclina en mi presencia.

Solo ¡gran Ser! como tu gloria es sola
Do quiera te contemplo,
Tu altar el sol, los astros tu aureola,
La inmensidad tu templo.

¡Ay! aunque nunca la razon comprenda
Que á tí la fé conduce,
Que á los ojos cubiertos con su venda
Un sol eterno luce.

Lo sabe el alma, y en su luz enciende
La osada fantasia,
Y las tinieblas del misterio hiende
Tras el eterno dia.

Lo sabe ¡oh Dios! y á conquistar se lanza
Desde el mezzuino suelo,
Exhalada en dulcísima esperanza
Su altar, su patria, el cielo.

ANá en la inmensidad, fulgente ondea
De eternidad la palma;
Bajo su copa que el Eden sombrea,
Va á reposar el alma.

Y en el seno de mil eternidades
Blandamente adormida,
Le alimenta el maná de las deidades
Y hasta la muerte olvida.